



Un color, un segundo y una evocación que son para siempre

Carlos Mauricio Bedoya M.

Profesor universitario y escritor, cmbedoya@unal.edu.co

En el año 2005 me dirigía en bus hacia mi casa ubicada en Bello. Había tomado el transporte en la glorieta de Coca-Cola y cuando iba a la altura del barrio Castilla, noté que algunas de las paredes de la hilera de casas que daban hacia el borde de la carrera 65 tenían algo distinto esa tarde: sobre las superficies cicatrizadas que había dejado el ensanche de aquella vía se podían ver siluetas negras de personas y objetos. Parecían vivir, había una especie de movimiento que me conmovió hondamente. Esa intervención la habían realizado los maestros Jhony Pérez y Néctor Mejía, ambos egresados de la U. de A.; al primero lo conocía porque éramos compañeros de docencia, al segundo no. Al siguiente día me encontré con el maestro Pérez y le comenté lo que había visto sobre los muros cicatrizados de Castilla. Al enterarme de que eran él y otro colega amigo suyo quienes habían dado vida a esas paredes pétreas, experimenté una admiración tremenda por mi colega de docencia y por su amigo. A los pocos días conocí a Néctor Mejía.

Cuatro años después el maestro Néctor Mejía maduraba su técnica y conceptualización tanto en la pintura como en la escultura, así que decidí invitarlo para que, en medio de una clase de posgrado de Construcción Sostenible, que aparentemente nada tenía que ver con un lienzo y un pincel, nos proyectara su obra y nos hablara de ella, y tal vez de él. Aquella sesión fue impactante para todas las personas que estuvimos esa noche viendo las imágenes y escuchando una voz tranquila, casi de niño. De las siluetas negras sobre los muros de las casas cortadas de Castilla, había migrado a una espacialidad que contrastaba lo diminuto de los humanos (casitas, lámparas minúsculas, personas casi imperceptibles) con cielos o superficies inmensas. También se notaba ya una ruta trazada en la cual las aves coloridas y comunes le dan trino

y vuelo a una obra que, aparentemente, permanece estática cuando se cuelga sobre una pared. La sesión que se esperaba fuera de una hora se llevó las tres de la jornada de aquel posgrado.

El maestro Mejía mostró, entre otras, un cielo azul con una nube pequeña que reafirmaba lo celeste de una memoria infantil en tierras tropicales. También enseñó un atisbo de lo que luego serían los nidos hechos una esfera y que parecerían más un mundo, porque en su obra actual los pajarillos coloridos están sobre estos y no adentro, como debería ocurrir, significando tal vez que, para el artista, para el autor de esta ficción natural, las aves marcaron su mundo. Su obra y su voz sensibilizaron a un grupo de profesionales que querían aprender a hacer de la arquitectura y la materialidad un ejercicio más reflexivo, precisamente con lo natural.

Casi veinte años después de conocer al maestro Néctor Mejía, su obra ha logrado algo que es, en principio, escaso en el contexto de la no ficción: combinar la plenitud del reposo con la potencia de un trueno, sin que el uno emerja en desmedro del otro. El azul celeste, los pajarillos coloridos y algunos artefactos de uso rutinario continúan acompañando la madurez del pintor y escultor, encontrando nuevos protagonistas que son naturaleza, técnica y evocación. La alegoría a los seres que se ama se insinúa en algo tan sutil y significativo como una línea que se vuelve silueta humana. O también por medio de un lazo que unido a un árbol se conecta a dos mujeres que representan una relación filial, haciendo de ese lazo un cordón umbilical que une técnica, naturaleza y humanidad.

La investigación es transversal al color y a la técnica que el maestro emplea en su taller pintado

de talento femenino y alegre. Las consultas por el comportamiento de los materiales para una escultura lo llevan a permearse del quehacer de la construcción. Elementos como el hormigón, las arenas recicladas o la madera se conjugan en un molde que puede petrificar el concepto artístico. La estabilidad del color ante el paso del tiempo necesita del conocimiento de las materias primas y de la aplicación, entonces la herramienta, tan denodada a veces como elemento matérico, se presenta relevante para el logro de la cultura y de la estética.

Así que casi veinte años después el acervo de cuadros, esculturas y dispositivos del artista y su grupo, enseñan el resultado de aprendizajes y enseñanzas, como quiera que Néctor también es profesor universitario; pero también muestran el trazo permanente del recuerdo infantil y el asombro. La imagen del maestro en sus obras se aleja del protagonismo o de la megalomanía, en vez de eso, nos acompaña a seguir contemplando lo que él ya ha contemplado, de ahí que lo veamos “dándonos la espalda”, lo que nos proyecta a sentirnos parte de lo que vemos. Ante cada nueva serie de la obra de Néctor, siento el grito que me hicieran las siluetas negras sobre las paredes de aquel sector ensanchado del barrio Castilla, que en el año 2005 era de nostalgia dolorosa por la casa perdida en mi infancia, pero que ahora es evocación tranquila de un pasado que, al ser resuelto, ha dejado de ser presente doloroso.

El azul que tanta dificultad le costó plasmar en lienzos y esculturas, como él mismo lo anota en las tertulias de taller acompañadas de café y de risas, puede entenderse como una victoria y una alegoría al recuerdo de una tarde tropical que dura para siempre. ■

Néctor Mejía, De la serie Los visitantes, acrílico sobre lienzo, 45 x 45 cm, @nectormejia



Néctor Mejía, De la serie Nidos, bolígrafo sobre madera, 50 x 40 cm, @nectormejia